EL MUNDO

Jueves, 23 de septiembre de 2004. Año XV. Número: 5.402.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

# El poeta vasco que también vertebró España

JOSE ANTONIO JAUREGUI

«Aran nun diran, menda maiteak

Ara nun diran zolaiak

Baserri eder, zuri zuriak

Iturre eta ibaiak

Endayan nago zoraturikan

Zabal zabalik begiak: Ara España...

Lur oberikan

Ez da Europa guzian»

**La traducción de estos versos al castellano no puede ser más reveladora. Se trata de un hermoso canto a la patria de un exiliado que vuelve: «Aquí los campos y montes queridos, los hermosos caseríos, las fuentes y los ríos. Estoy loco de contento en Hendaya con los ojos muy abiertos: ahí está España... mejor tierra no la hay en toda Europa».**

Es un suspiro de España proferido por un vasco al llegar a la frontera de Hendaya tras varios años de exilio. Se percibe una larga morriña, ese «dolor de España» que siente el desterrado, el arrancado de «su tierra» y aflora esa intensa emoción del que vuelve a ver sus paisajes -«los hermosos caseríos, los campos y montes queridos...»-. Es un canto, un laus Hispaniae (algo así como el «elogio de España» de San Isidoro de Sevilla en el siglo VI), una exaltación

de España como «la mejor tierra de Europa». Sin embargo, este canto no está escrito en castellano o español -tanto monta-, sino en euskara, vasco o vascuence -tanto monta así mismo-.

¿Quién crees, lector, que es el vasco, el euskaldún, el vascoespañol que irrumpe o prorrumpe en un tal desbordamiento de cariño por España? ¿Unamuno? Podría ser Unamuno, que también probó la hiel del exilio, aquel bilbaino que en sus suspiros de España exclamó: «A mí que tanto me duele España, mi patria, como podría dolerme el corazón o la cabeza».

No es Unamuno. Es nada más y nada menos -¡prepárate, lector a la sorpresa!- que Iparraguirre, el compositor del Guernikako Arbola. Debo este dato social, este «hecho social» (Durkheim) a Fermín Unzué, a quien conocí este verano por «azar» (dado en árabe) tomándonos unos churros con chocolate «como Dios manda» en el incomparable paseo de Pereda de la ciudad de Santander.«Algunos nacionalistas», me informó Fermín, «citan estos versos, pero donde Iparraguirre dijo España (España con eñe, la eñe de ikurriña, de La Coruña o A Coruña y de Cataluña) colocan de contrabando Euskadi».

Las interpretaciones son subjetivas, pero cambiar los datos aposta y mentir descaradamente no tiene perdón de Dios.

Ya me había advertido otro bilbaíno, un gran artista de la guitarra clásica, Agustín Maruri, que cerca del árbol de Gernika se venera como un tótem sagrado la composición original del Guernikako Arbola de Iparraguirre junto a un instrumento musical con el que se acompañaba. ¿El celebrado txistu? No, la guitarra. No existe solamente una cultura vasca y una cultura española, sino la vascoespañola o la euskaldúnhispana, si se prefiere.

El idioma en el que Miguel de Cervantes escribe «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme» e Iparraguirre grita «ahí está España» (la versión española es suya), ese idioma heredado de Roma, mater et magistra de la cultura europea (otra desconocida y tergiversada por euroescépticos, aunque se denominan ellos mismos euro), ese idioma enriquecido con aceite, mazapán, mezquino y Alcalá, así como con chocolate, patata y tomate, ese idioma en el que unos 400 millones hablamos, cantamos, contamos, nos comunicamos y soñamos, ese idioma en alza que preocupa a Huntington por ser una amenaza a la identidad angloprotestante de Estados Unidos, ese excelso idioma ha sido desde el principio formado, forjado y transformado por vascos tanto como por castellanos, aragoneses, catalanes, gallegos... y todos los demás.

Según los estudios rigurosos de Menéndez Pidal -me informó Gaspar Garrote,

un filólogo y profesor de la Universidad Europea CEES de Madrid- no decimos farina o fazer hoy los 400 millones que vivimos en esa galaxia común del espíritu porque en euskara o vascuence no existe la efe como sonido: facer se ha convertido en hacer (la efe se evapora) y farina en harina. Estos son los hechos sociales.

Cuando algún periodista me entrevista a propósito de mi libro España vertebrada, me pregunta casi siempre qué quiero decir con lo de «no pueden los vascos, catalanes o gallegos que proclaman su condición de no-españoles desespañolizar su cerebro».

La naturaleza, muy avisada (ya nos advirtió Heráclito que e fisis filei criptein -a la naturaleza le encanta ocultar su juego-), o el «genoma biosocial», si se prefiere (yo lo prefiero), permite a los seres humanos crear su propia sociedad -no caben ni Buda ni Cristo ni Marx ni el PSOE ni el Partido Popular ni el PNV en la sociedad de las abejas ni en la de los monos-, pero dentro de unos límites precisos y prescritos. El genoma biosocial se reserva un mando que no cede a nadie: una programación cerebral inconsciente, ineludible. El cerebro es el mando del genoma biosocial.

No nace Iparraguirre con un programa cerebral vascoespañol, pero nace con un disco duro instalado en su ordenador cerebral. En ese disco duro desde la infancia se irá instalando la adicción por la tierra vascoespañola -los caseríos, los ríos, las fuentes...- de su tierra. En el disco duro de Iparraguirre se instala poco a poco con carácter indeleble el euskara, el español, la literatura y poesía española, la cocina española... y la fe del nativo por su tierra que le lleva a exclamar: «Ara España: ahí está España, mejor tierra no la hay en toda Europa». No hay Iparraguirre que pueda «desespañolizar» su cerebro.

Es lo que le ocurrió a Julio Jáuregui, que fue diputado por Gernika.Al volver del exilio de 40 años, Julio Jáuregui, nombrado senador por el rey Juan Carlos, me confesó (ante las cámaras de TVE): «En los años 30, cuando era diputado por Gernika, me desgañitaba aclamando y proclamando que yo no era español, que mi cultura era la vasca y nada más que la vasca, pero cuando terminó la Guerra Civil, ¿a dónde fui? A México. Entonces me di cuenta de que el español era mío y que era una suerte poder entenderme en el mismo idioma con los mexicanos. Entonces añoraba España y me di cuenta de que era vasco y de que era español hasta las cachas. Cuando volví a España, al ver España desde el avión lloré como un niño».

Algo parecido me confesó el que gritó «Ja soc aquí», Josep Tarradellas, en su despacho de la Generalitat (también ante las cámaras de TVE) . «¿Qué pinta el

retrato del Rey», le pregunté, «en el despacho del presidente de la Generalitat?». «No sobra ningún símbolo», añadió sin titubeos. Josep Tarradellas me confesó que añoraba España y que tenía «mono de España». Esta es la programación cerebral.

Es verdad que Franco, al atacar los símbolos y el idioma en el que Iparraguirre suspiraba «Ara España», lejos de vertebrar a los españoles generó una cierta hispanofobia militante entre catalanes, vascos y gallegos que aún colea. Necesitamos todos ser comprensivos, entender que los Jordi Pujol y compañía han sufrido cárcel por defender legítimamente su cultura -la catalana, la vasca o la gallega-.

Pero no existe la cultura vasca ni la catalana ni la gallega pura ni tampoco la española pura -y menos una identidad española que excluya a los Maimónides, a los Ibn al Arabí- que quiera purificarse de los símbolos y cultura gallega, vasca o catalana.El nacionalismo falso y xenófobo de Franco es tan nocivo para España como el de los que niegan su condición de vascoespañoles y colocan Euskadi donde Iparraguirre puso «España».

**José Antonio Jáuregui es antropólogo, académico y tiene la Cátedra Jean Monnet. Acaba de publicar España vertebrada (Belacqua, 2004).**

© Mundinteractivos, S.A.